

Valera, periodista

Curiosa, constante, digna de admiración es esa perseverancia con que se viene adjudicando el premio literario de don Juan Valera, dotado por el Municipio de Cabra—cuna del polígrafo insigne—, administrado y sostenido por «Los amigos de Valera», que velan por la integridad del culto.

La figura máxima del gran escritor tiene allí su Meca, y allí acuden personalmente, espiritualmente, como si cumplieran un rito, emocionados peregrinos, todos los fieles discípulos, cada año en mayor cuantía, cada vez poseídos de mayor fervor, cuantos comulgan en el credo de la erudición arrulladora y en el claro, limpio y depurado estilo del literato diplomático.

Y son de admirar más sus múltiples, pasmosas, protéicas actividades, si nos situamos en aquellos días en que la cultura se hallaba sofrenada, y las iniciativas, dolorosamente especializadas. Nuevo Feijoo, enlazó a su vida las mil facetas rutilantes que imaginara y describiera el inmenso benedictino de Samos. Son los adelantos de nuestro actual periodismo.

De aristocrático linaje, pasea, arrogante mozo, por las Legaciones de Lisboa, Nápoles y San Petersburgo. Le vemos volver a España, en plena juventud, y lucir uniforme de ministro con la doble cartera de Agricultura y Comercio, en 1859. Le reconocemos después ya maduro, consejero de Estado, y mas tarde, representante de nuestra Patria en Francfort, Washington, Bruselas y Viena. Es la alcurnia en pleno éxito cortesano. La diplomacia en pleno ingenio, la distinción en plena galantería. Se lo disputan los salones; se lo rífan las damas. Estudia, lee, escribe. Afila y pule las versiones árabes de los poetas de Medina Zahara; interviene en la «Historia de España» de Lafuente, y realiza investigaciones históricas en sus colaboraciones griegas y latinas con Menéndez y Pelayo.

Pues, don Juan, aristócrata de linaje, «lión» por hábito y figura, Chateaubriand entreverado de Byron, cuando se le pide que hable de sus cargos diplomáticos y políticos, de sus anales cortesanos y mundanos, declara: «Si por algo interesa mi vida al público, es únicamente por ser yo hombre de letras...».

¡Hombre de letras! He aquí la distinción del aristócrata de alcurnia, aristócrata del espíritu y del ingenio. Proclamar a los cuatro vientos esta «Declaración de principios».

No era don Juan el «diletante» profesional, sino el profesional «diletante». No el aficionado escritor, sino el escritor aficionado. Tenía del oficio conciencia plena, lúcida y fervorosa. En fin, había sido periodista de redacción y de confección, ajustando más de una vez las planas de «El Contemporáneo» y saliendo de madrugada, embozado hasta los ojos, entre redactores bohemios, para cenar en los figones.

Conoció, pues, en sus entrañas, el duro oficio del escritor hispano, y más en aquel tiempo adventicio, donde no se escribe por el sueldo, que rara vez se asignaba, sino por el cargo político, que en cada crisis lo suplía. Así y todo, nuestro don Juan, aún cuando rico por su casa, impuso que se le pagara sueldo «por ética profesional», como decía él mismo, y cuando el ocurrente Albareda argüía que «el sueldo debía ser para los que no tuvieran otra cosa», Valera dijo lo siguiente:

«El desinterés de los que regalan sus artículos me recuerda el cuento de aquel hidalgo que, al ir a batirse, quiso dar una prueba de buen corazón, perdonando la vida al contrincante y en lugar de apuntar a su rival, que estaba enfrente, disparó hacia un lado, matando a uno de los padrinos».

«Los escritores gratuitos quieren perdonar la vida a las empresas y no cobran, disparando al aire; pero matan al infeliz padrino, que en este caso es el escritor profesional».

¿No es sorprendente que este alegato en pro del escritor profesional haya salido precisamente de quien no vivía de la pluma? Valera, al sentar la ilicitud de los colaboradores gratuitos, no aboga por sí, sino por la profesión. Su desinterés lo ennoblece y autoriza y marca sobre todo el profundo conocimiento de un oficio tan trabajado por la vanidad del pudiente como por la sumisión del necesitado.

Cristóbal de Castro.

(ABC, Sevilla, 9 agosto 1952).